

Una luz en el quehacer literario

AUNQUE prevenido de la irreversible enfermedad de María Luz Morales, y más desde que el otro lunes se le rompió un fémur, la noticia de su fallecimiento llega como un fúnebre redoble de mi propia conciencia, de todo lo que haya sido mi entrega a las letras; al caer de pronto en la cuenta de que el arranque de esa vocación —hace sus buenos 60 años, y no son muchos más los que traigo al hombro— está ligado al nombre y al ejemplo de la escritora que hoy perdemos. Con aparente falta de respeto y muy sentida admiración comentaba una vez Martín de Riquer, unos años más joven, «nosotros, los amamantados a las ubres de María Luz». Gran verdad, pues su labor de traductora y adaptadora para Araluce, de la colección inglesa «Las obras maestras al alcance de los niños», como de los cascos para aquel Teatro de los Niños —inolvidable creación Seix Barral— que nos enseñó a recitar y a no hacer de monitos sabios ante los mayores, habían de marcarnos para siempre.

Guardo memoria de la sorpresa, no mucho después, al identificar nuestra misteriosa vectora literaria en una agraciada y distinguida mujer joven en nuestras temporadas de playa de la Junta de Damas, entre Astilleros y Orientales. Como del premio que a su modélico elogio del libro otorgó la Academia de Buenas Letras, en ocasión de la primera Fiesta del Libro barcelonesa, y que nos supo a justo reconocimiento de aquella su labor formadora. Para entonces veíamos sus habituales colaboradores en el «Sol», y la crítica cinematográfica —adelantada en esto, también— y de teatro, además de la crónica cultural, que atendía en nuestro diario. Primera tratadista de la moda como exponente de cultura (es autora de una «Historia de la Moda y del Vestir», en no sé cuántos y recios tomos), traductora incansable, conferenciante, periodista siempre, sea con su propia firma o con el heterónimo Felipe Centeno —por ejemplo en «Imatges», el espléndido y efímero semanario catalán de Josep Maria Planas— no hubo en la Barcelona anteguerra empresa cultural a la que nuestra feminista de buena ley escatimara su propio esfuerzo. Peinso en cuanto, como «alter ego» de Carlos Soldevila, le debió la buena marcha de la nunca superada Conferencia y Club o la feliz iniciativa —luego agostada por nuestra guerra civil— que fue la Residencia de Señoritas Estudiantes

instalada en el Palacio de Pedralbes, y con la guerra ya en su valiente gesto de servicio y señorío al aceptar la dirección de «La Vanguardia», que sus compañeros le brindaron por salvar el diario.

La misma elegancia moral con que en la dura posguerra afrontó cárcel y cesantía; y, por seguir en la brecha, fundó una casa editorial —coherentemente llamada «Surco» entre cuyas colecciones cuenta arriba de la docena de ilustradas historias de los diversos países, debidas a plumas ilustres y por ella traducidas (salvo la de Polonia, al acabar la guerra, por ella firmada como M. Luzsienski), con tan buena acogida que andan por el medio centenar de ediciones) la de Inglaterra, por Maurois, rebasó el centenar, y su escueto y eficaz trabajo en la casa Salvat, donde dirigió la serie «Universitas» y con otro «depurado», el maestro Jordi Rubió, la enciclopedia que lleva el nombre de la editorial). Hasta que volvió a tener su tribuna periodística, fundamentalmente en el veterano Brusl. Sin abandonar por ello los libros de su propia minerva. Con los tres volúmenes de una «Enciclopedia del Hogar» que va por las 90 ediciones, me viene a la memoria la biografía de madame Curie, una así «Marisol en su jardín», las poéticas y ensoñadas prosas de sus «Historias del Décimo Círculo», los dos tomos del «Libro de Oro de la prosa en lengua castellana» o, de ayer mismo, el acercamiento a las que fueron grandes presencias en su propia vida —Keyserling, Valery, Malraux, Lorca— en su impagable «Alguien a quien conocí».

Sesenta y más años de incansable y apasionado servicio a la cultura en sus más variadas manifestaciones, a percibir a la pluma así a las urgencias del periodismo como a la de espaciosas tareas de traducción o sintetización y los sensibles frutos de su creación narrativa, siempre exigente con su prurito de la orsiana obra bien hecha (no en vano figuró entre los fundadores de la Academia del Faro de síntesis cultural), María Luz Morales ha constituido emblemático e irrepetible ejemplo de alacridad y entrega, de ética inquebrantable y señorío (mano de hierro en guante de seda), de fecunda convivencia, en fin, para muchas generaciones de escritores, y de lectores. Dios se lo premie — Juan Ramón MASOLIVER.